

**Centro Nacional de Memoria Histórica
Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Pódcast Quisieron justificar lo injustificable

**Transcripción capítulo 3.
En el Oriente antioqueño no nos comimos el cuento**

Mire pues, los paramilitares quisieron convencernos de que nosotros los necesitábamos, de que su causa era justa, querían comprarnos, comprar nuestra indiferencia, e imponernos el silencio. Ellos buscaron adueñarse del territorio, de nuestras vidas, y de todo, hasta de nuestros cuerpos. Intentaron hasta dividirnos y enemistarnos.

Todo para hacernos creer que debíamos justificar lo injustificable: que teníamos que vivir en medio de la violencia, el miedo y la desesperanza de la guerra.

Pero, en el Oriente antioqueño no nos quedamos callados, nosotros no nos tragamos ese cuento que ellos traían. Y ¿el miedo era grande? Sí, claro, pero nosotros no dejamos que eso nos ganara.

Hicimos marchas, denunciarnos en Colombia, afuera, montamos laboratorios de paz, formamos organizaciones y redes. Mejor dicho, qué no hicimos, y qué no seguimos haciendo, porque acá seguimos resistiéndonos a la guerra, y buscando la paz.

Estás escuchando: “quisieron justificar lo injustificable”. Una conversación donde nos enfrentaremos a esos discursos que intentaron darle razón a la guerra y a la violencia.

Porque hay acciones que nunca debieron justificarse, y hay verdades que no podemos dejar de escuchar.

Una producción del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Hoy en “quisieron justificar lo injustificable”: *en el Oriente antioqueño no nos comimos el cuento*.

Las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio no solo se hicieron sentir con las armas, también con las palabras. Crearon discursos que buscaban convencer y adornar la guerra con justificaciones.

Con sus acciones transformaron la vida en el territorio: fracturaron relaciones comunitarias, estigmatizaron poblaciones, sembraron miedo, y lo más grave: lograron que algunas personas interiorizaran la guerra como un camino legítimo, y vieran el proyecto paramilitar como algo válido, y hasta deseable.

Sin embargo, la historia no termina ahí. En el Oriente antioqueño también nacieron resistencias, instituciones, organizaciones sociales y culturales, y sobre todo, las víctimas que se organizaron para defender la vida, denunciar la violencia, y construir paz. Su lucha ha sido sostener la memoria para que nunca más se justifique lo injustificable.

Vengan, que aquí les contamos cómo resistió el Oriente antioqueño al proyecto paramilitar...

Viene bien acompañada la comadre.

¿De dónde vienen?

Ah ¿qué yo soy experta? ¿Y eso cómo para que será, en qué tengo el gusto de servirles?

Ah, sí, por acá me conocen como la que da cantaleta con eso de las resistencias.

Le digo que no sé ni por dónde empezar con tanta cosa que hay pa' contar.

Lo más importante es que ustedes sepan que acá hemos hecho de todo. Nos hemos organizado como comunidad para rechazar todas esas acciones de los grupos armados, pero también para acompañarnos y darnos un poquito de esperanza.

Corazón y vida hemos dejado intentando que el Oriente antioqueño sea un lugar de paz.

Venga, pues, mire para allá. Allá al frente, pasando Argelia y Sonsón, está El Carmen de Viboral, y ese es un municipio que ha resistido y ha denunciado todo lo que hizo el paramilitarismo, amangualado con el Ejército.

Allá fue muy brava la violencia, acusaron a todo el mundo de ser colaborador de una guerrilla, de la del EPL, el Ejército Popular de Liberación. Imagínese eso, eso fue para poder justificar sus crímenes.

A este municipio prácticamente se la montaron, primero llegaron Los Halcones, que ese fue el nombre de la contraguerrilla que creó Ramón Isaza, antes de que fueran las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio.

Entraron en el 96, y en dos meses dejaron a diecinueve personas asesinadas. Muchas de ellas venían desplazadas del Urabá, y ahí estaba que el promotor de salud del municipio, un pelado de diecisiete años, y un bebé de dos meses. Ah, ¿usted puede creer eso?

Después siguieron llevándose a pelados de doce y trece años, que todavía eran unos niños, pero eso a ellos no les importaba, entraban y los sacaban mientras dormían, y se los llevaban ahí delante de la mamá.

El mismo Ejército amenazó a la gente, y empezaron a hacer un censo, ¿usted puede creer eso?, y pasaban casa por casa, averiguando por los familiares que vivían lejos. Después le entregaron toda esa información a los paramilitares, y ahí fue que empezaron a hacer las masacres.

Ramón Isaza contó que su hijo Omar había recibido un listado con los nombres de cuarenta y siete personas que debían asesinar. Que esa lista se la dio Alfonso Manosalva, ese era un general de la Cuarta Brigada, y eso lo hicieron con el apoyo de la base militar ahí de La Piñuela.

Injustificable por donde ustedes lo vean: ¿el Ejército apoyando masacrar al pueblo que defienden? ¿Isaza excusándose en que solo seguía órdenes del Ejército?

Injustificable, ellos querían justificar lo injustificable: que los que debían cuidarnos, y los que decían querer cuidarnos, masacraron a una comunidad, a sus niños, a sus jóvenes, a todas las personas que nos prestaban servicios.

Le cuento todo esto para que usted vea la magnitud de estas resistencias, y de las gentes de esta tierra. Es que solo es posible saber qué tan valiente es una acción, cuando se entiende en qué contexto ocurrió.

Vea, si quiere asómese ahí a la cocina pa' que le den un vasito de agua, que yo sé que esto no es fácil de escuchar.

Pero vea, allá no se quedaron callados. Había un personero en El Carmen, que se llamaba Helí Gómez, se la pasaba defendiendo los Derechos Humanos, y se fue y denunció ante organizaciones internacionales, y se trajo ahí a unos extranjeros de un comité de solidaridad, que para que recorrieran todo esto y vieran lo que estaba pasando.

Helí andaba pidiendo que investigaran a los militares que estaban apoyando todo ese dolor. Y pues ya sabrá que eso no les gustó, porque oponerse a la guerra, para el paramilitarismo, es razón suficiente para justificar hacerle daño a cualquiera, así que lo asesinaron.

Pero no crea, suena desesperanzador, yo sé, pero eso dejó un precedente muy importante en las resistencias, para que se imagine la magnitud.

Habían pasado como dos meses desde las desapariciones ahí en El Carmen, y la gente de la vereda La Esperanza salió a protestar. Hicieron un evento en el que decían: "vivos se los llevaron, vivos los queremos". Y en ese momento todavía estaba la ilusión de que estuvieran vivos.

A ese evento llegó el Ejército y la Policía, y los sacaron de allá con una excusa de proteger a la gente de la guerrilla, y no sé qué más cosas. Pero ellos igual siguieron, hicieron mucha cosa, que iniciativas de memoria, protestas, y no se imagina cuántas formas se idearon para denunciar lo que había pasado.

¿Vio que en las noticias el Gobierno hace pocos días pidió perdón? Ese fue el logro de todos estos años, de lucha de las personas de esa vereda. Después de tanto insistir, le ordenaron al Estado que tenía investigar todo eso, y que también debían reparar a los familiares y reconocer su culpa, pa' que todo el mundo sepa que lo que hicieron no tenía justificación.

¿Sí ve? Acá no nos comimos el cuento de que en El Carmen Viboral eran colaboradores de la guerrilla. Y como no nos creímos eso, denunciarnos, alzamos la voz, nos movilizamos, y lo más importante, no perdimos la esperanza de que se hiciera justicia.

¿Me acompaña hacia la casa?

¿Va para otro lado o se queda por acá más tiempo?

¿Sí? Bueno, vamos pues.

Vea, la historia de Helí fue un precedente importante porque animó a otra gente a resistir. Por allá como en el 2002, si no estoy mal, se juntaron veintitrés alcaldes y crearon un movimiento que se llamaba *Alcaldes del Oriente*. Eso era pa' conciliar con los actores armados, y así podían aportar a que al menos bajaran un poquito los ataques, y todas las acciones que hacían en contra de la gente.

Se dedicaron a denunciar todo lo que estaba pasando, pero también a mover propuestas como los laboratorios de paz. Estaban buscando soluciones, como le digo, como más estructurales al problema de la guerra. Entonces querían que se fortaleciera la convivencia, y se trabajaran cosas de seguridad, desarrollo económico, y todos esos temas.

Porque las necesidades económicas del territorio no podían seguir justificando las acciones de los grupos armados. Ni tampoco iban a ser la razón para que nos comiéramos el cuento de la guerra.

Uy, ¿sabe qué? Eso me hizo como acordar del Consejo de Conciliación de San Luis, esa gente es muy parada.

Vea, pues, póngale cuidado, la gente no quería ser carne de cañón, ni bandera de nadie: ni de los paras, ni del ELN, ni de las FARC, de nadie. Estábamos cansados, en medio del fuego cruzado, y lo único que pedíamos era seguir viviendo en paz, en nuestra tierra.

Entonces una vez se reunieron con veinte líderes, ellos eran de allá de Aquitania, para irle a cantar la tabla a los paras: y que dejaran pasar la comida, que respetaran a los profes, y que no se vengaran de cualquiera que no les querían colaborar.

Imagínese que tenían que pedir permiso para entrar un bulto de arroz, o pa' que no mataran a un maestro. Eso no tiene justificación, pero aun así, la comunidad se paró firme y les dijo: "¡respeten!".

Porque nosotros no aceptamos que la guerra de ellos, fuera nuestra guerra. Lo que queríamos era sencillo: que nos dejaran vivir, sembrar, enseñar, y criar a nuestros hijos en paz, y eso era todo.

¿Ve esas montañas de allá? Todas son diferentes, y acá somos capaces de reconocerlas, y por eso también defendemos a nuestro territorio. Es que si usted tiene paisajes así, cómo no va a querer proteger su tierra.

Vea, ¿le provoca algo? Yo voy a hacer un chocolatico para este frío.

Como le decía, acá no hubo municipio que no buscara hacerle el quite a la guerra, y también nacieron iniciativas para cargar con la violencia que dejaron los actores armados.

Cuando los paramilitares entraron al Oriente, venían con el cuento de que iban a expulsar a la guerrilla de todos lados. Mejor dicho, que llegarían hasta Argelia, dizque porque a Ramón Isaza le dolía ver a su tierra en manos de ella. ¿Quién lo oyera? Lo que trajeron fue más miedo y más muertos.

Por allá en el 2003 se juntaron con el Ejército en algo que llamaron dizque la Operación Marcial, que por la seguridad democrática. Pero esa seguridad nunca fue pa' nosotros, lo que vino fue una pesadilla: amenazas, controles, desplazamientos. En Aquitania, por ejemplo, el desarraigo fue enorme.

En ese tiempo el Oriente fue el segundo lugar con más desplazamientos del país, ¿sí me escucha?, el segundo, y eso es pa' no creer. Dígame, ¿qué política puede pesar más que la vida de la gente? ¿Seguridad de quién? Seguro que no la nuestra.

Pero la comunidad no se quedó quieta, y más de ciento cuarenta personas de Aquitania escribieron un comunicado exigiendo que los dejaran en paz. Y después, ¡qué belleza de marcha!: ríos de gente, más de cinco mil personas caminando juntas y, entre ellas, como ochocientos jóvenes gritando fuerte: “¡pa' la guerra no cuenten con nosotros!”.

Eso fue bien bonito, porque nos recordó que somos más los paisas que le apostamos a la paz.

¿Si ve cómo cada acción comunitaria le dio vuelta a ese libreto de los paras? Ellos hablaban de guerra necesaria, y la gente les respondió con vida y con paz. Ellos se escudaban en la seguridad, y las comunidades mostraron que la seguridad verdadera estaba en cuidarse entre sí, y no en las armas.

Aquí cada persona, cada organización, las instituciones, todas y todos, hemos sido indispensables para recuperar nuestro territorio.

Debería unirse y venir a ayudarnos a construir paz.

¿Sabe qué es lo más bonito? Que en medio de tanta violencia, fuimos sobre todo las mujeres las que le pusimos el pecho a la guerra. Las más paradas, le digo. Por ejemplo, unas madres se le enfrentaron a Isaza para que les devolviera a sus hijos. Ese señor se los llevaba por allá dizque a una isla. ¿Sí ha escuchado sobre ese lugar?

Exacto, un lugar de tortura, que para supuestamente “ajuiciarlos” y el muy descarado decía que las madres le habían pedido que se los llevara. Pues no señor, ellas salieron con sus pañuelos blancos a exigirle que les devolvieran a sus hijos.

Le desmontaron a Isaza ese cuento de que él estaba “educando”. Las mujeres demostraron que ni el miedo, ni sus palabras, podían justificar tanta crueldad.

Es que eso es en todo lado, y para donde vea, hay mujeres resistiendo y buscando la paz. Han armado redes de cuidado, han cosido la memoria, y se han inventado espacios seguros para que el dolor no se tragara a nadie en silencio.

Acá las mujeres nunca nos comimos esa idea de que “lo que no le pasa a una, no duele”. El dolor de las amigas, de las vecinas, de otras mujeres del pueblo, nos puso siempre en acción. Hasta hubo mujeres que se formaron para ser promotoras de salud mental, y así pues ayudar, porque con tanta víctima que dejaron por acá, no dábamos abasto.

La memoria también se convirtió en otra forma de resistencia, y acá tenemos varias iniciativas que debería conocer, saque el tiempo y se hace ese recorrido. Está el Salón del Nunca Más, en Granada, con más de doscientos retratos de víctimas; la colcha que hicieron en San Rafael, la Corototeca en San Luis, los bordados en Sonsón, la sábana de La Ceja. Mejor dicho, ahí tiene para que se recorra todo el Oriente.

Y no se crea que la cosa terminó ahí: la juventud recogió toda esa fuerza. Esos no se quedan quietos, hacen libros, murales, canciones, de todo, pa’ dejar claro que no quieren vivir en esta la guerra. Y las profes y los profes, siguen ahí firmes, llenándolos de esperanza, y enseñándoles a soñar sin miedo. Esto es un panorama muy bonito, ¿no le parece?

Bueno, yo acá me puedo quedar haciéndoles un listado de tanta cosa que se ha hecho, y ya usted verá si se queda otros tres días, pero si no, váyase con una idea: y es que nada justifica vivir en medio de la desesperanza que trae la guerra, ningún discurso de héroes, ningún cuento de limpieza, y mucho menos regalitos que venían a repartirle a la gente.

Todas esas son una mano de excusas que nosotros no nos creímos, y que no queremos que nunca más se repitan ni en nuestro territorio, ni en ningún otro lado del país. Y por eso hemos luchado, y seguiremos haciéndolo, hasta que nadie justifique lo injustificable.

Detrás del relato heroico del paramilitarismo, existió una historia de violencia devastadora.

Su accionar real fue sembrar miedo, estigmatizar poblaciones, robar tierras y recursos, cometer crímenes sexuales, traficar drogas y desplazar a miles de familias.

Todo esto mientras justificaban sus crímenes con la excusa de combatir a la guerrilla, y suplir un Estado ausente en políticas sociales, pero presente con sus Fuerzas Militares, con quienes, en muchos casos, actuaron en complicidad.

Lo más difícil es que esas justificaciones no solo sirvieron para la guerra de entonces: todavía hoy, en algunos sectores del país, se repite la idea de que el paramilitarismo fue necesario, y de que la violencia que ejercieron fue justa y válida.

Por eso es tan importante la resistencia del Oriente antioqueño: porque muchas comunidades no se comieron ese cuento y respondieron resistiendo, con el arte, con la memoria, con la construcción comunitaria.

Ellas y ellos se hicieron cargo de los verdaderos resultados que dejó el paramilitarismo: dolor y devastación.

Apropiarnos de esta verdad histórica significa no perder de vista la doble moral con la que actuaron, reconocer el daño que causaron y, sobre todo, no repetir sus excusas. Porque si algo ha quedado claro en este capítulo, es que nada justifica lo injustificable.

Este pódcast se basa en los hallazgos que se encuentran en el Informe no. 6, Isaza, el clan paramilitar. Las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio, de la Serie: Informes sobre el origen y la actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones.

Las y los invitamos a conocer más sobre el contenido de este y otros informes producidos por la Dirección de Acuerdos de la Verdad, en los próximos episodios.

Encuétralos en la página centrodememoriahistorica.gov.co.